

LA FIESTA DE LAS LAVANDERAS



UNIVERSIDAD
POPULAR
AYUNTAMIENTO DE CÁCERES



AYUNTAMIENTO
cáceres

Las lavanderas ocupaban el último escalón social, económico y cultural, en sus pueblos y ciudades. Su papel dentro del servicio doméstico era el más deprimido de cuantos se realizaban para las clases pudientes, clases que podían permitirse el lujo de tener una mujer dedicada exclusivamente a mantener limpias las ropas de la casa. Las lavanderas, por lo general, trabajaban mucho y cobraban poco. Sus condiciones de trabajo eran especialmente penosas debido al contacto permanente con el agua, en invierno y con el calor en verano, también a lo alejado que los lavaderos, regatos o charcos, solían estar de los centros urbanos y al esfuerzo mecánico que había que realizar para conseguir los mejores resultados en su trabajo.

En la sociedad tradicional, lo que era lavar, lo hacían todas y cada una de las mujeres que no tenían quien les lavara la ropa, aunque cuando hablamos de lavanderas, nos referimos a aquellas mujeres que profesionalmente se dedicaban a ello de forma remunerada, las que todos los días del año tenían que acudir a los lavaderos para poder subsistir.





Recogían la ropa los lunes pasando por las diferentes casas y la entregaban a finales de semana, recibiendo el jornal acordado con las amas.
(Cobran por piezas, semanas o meses)

Su trabajo ocupaba desde la mañana al atardecer, tiempo durante el cual había que: recoger la ropa y llevarla al lavadero, llenar las pilas o pañeros, enjuagar la ropa, enjabonarla (jabón casero hecho de grasa animal y sosa), restregarla en el batidero, volver a enjuagarla, torcerla para escurrirla, colgarla para ser oreada, recogerla y doblarla para ser devuelta a las amas. Todo este trabajo era realizado en un medio especialmente duro en los inviernos que estaban caracterizados por los carámbanos en las pilas de lavar, a lo que se unían los charcos y el barro de los caminos. Estos problemas en el desarrollo del trabajo difícilmente podían ser atajados con las pobres indumentarias del vestido y el calzado que estas mujeres utilizaban. En su necesidad para combatir sus penas en el trabajo, estas mujeres tuvieron su propia inventiva con la que combatían el frío y el calor de los lavaderos y caminos, desde los sombreros y el gazpacho fresco del verano, hasta el café a la lumbre permanente del invierno, cuyas ascuas metidas en un puchero de barro eran utilizadas para romper el hielo de las pilas y calentar el agua. Estas pésimas condiciones ambientales para desempeñar su labor hacían de ellas unas mujeres fuertes, resistentes a las inclemencias de la vida y con un carácter especial que les servía para acorazarse ante el triste destino que les había tocado.



Más allá de su fama como mujeres de lenguaje áspero y picante, las lavanderas son la representación de una sociedad injusta que relega a la mujer humilde al ostracismo más cruel y contra el que esta se rebela por medio del lenguaje, mordaz y punzante y de otros usos propiamente masculinos que las acompañaron, más en su fama que en el uso, como eran el descaño, la mala leche o el consumo de vino y aguardiente. Estas mujeres que por lo general abandonan su casa desde la mañana hasta casi la noche, pasan la mayor parte del día en el campo, junto a las charcas y lavaderos, donde solo las acompañan o sus hijos pequeños o las gentes de los caminos; arrieros, hortelanos o aguadores, a los que les unen las penas del invierno y el duro aguantar de los calores veraniegos.

El lavadero es espacio para el sufrido trabajo y también, paradójicamente, el lugar donde se sienten libres.



Principales lavaderos públicos o privados:

LOS MÁS ALEJADOS

- Las Minas de Valdeflores (umbria de la montaña).
- Beltrán (Carretera vieja de Casar de Cáceres).
- Hínche (Parque del Príncipe).
- Madrila.
- El Corcho (Carretera de la Montaña).

CASCO URBANO

- Huerta de Concejo (Fuente Concejo).
- Huerto de Benigno.
- Fuente Rocha (famosa por sus propiedades curativas y piscina de verano de la guarnición militar de la ciudad).

MANTENIMIENTO

A cargo del Ayuntamiento y se pagaba un canon para mantener un guardia, alquiler de pilas y alambres. Se denunció a algunas lavanderas por monopolizar el uso de las fuentes.



REMEDIOS CONTRA EL FRÍO Y EL CALOR

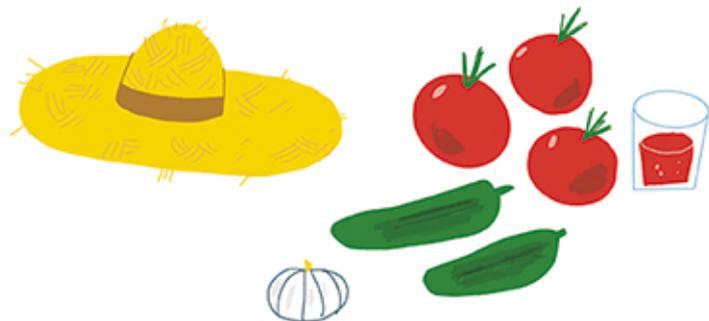
Frío

- Introducir en la pila un puchero de barro con ascuas de carbón encendidas.
- Café caliente.
- Ponerse todo tipo de prendas, desde chaquetas de pana de los maridos hasta la ropa y botas usadas que les daban los amos. Las más humildes se ataban trapos a los pies.
- Aguardiente. Tenían fama de empinar el codo.



Calor

- Se protegían del sol con sombreros de paja de grandes alas. Colocaban sombreros junto a los lavaderos.
- Bebían gazpacho que guisaban in situ, aprovechando las hortalizas y conservaban con la humedad de pozos y fuentes.



CONSECUENCIAS Y CAUSAS DE SU DESAPARICIÓN

Muchas de estas mujeres terminaron sus días con enfermedades de tipo reumático, artrosis, bronquitis y asma. Las lavanderas desaparecen como consecuencia de los avances tecnológicos (años 60 aparece la lavadora).

Anuncio aparecido en el Diario Extremadura el 15 de junio de 1956 que anunciaba "La Súper máquina de lavar BRU" que se ofertaba con grandes facilidades de pago.

La instalación de luz eléctrica y el agua corriente en las casas facilita la aparición de la lavadora.



Las lavanderas de Cáceres (Las últimas lavanderas. Mujeres, historia escrita)

Lorenza "LA GATA" que lavaba en Corchito y todos los que la recordan coinciden en señalarla como una mujer de fuerte carácter, con conciencia de clase, lo que le creó fama de comunista, en un tiempo en el que portar esa fama se podía convertir en un serio problema para ella y para los que la rodeaban.



"LA HERMENEGILDA", una joven viuda oriunda del Casar de Cáceres que desde el lavadero de Hinoche se esforzaba en mantener a su extensa prole.



Severiana "LA PATILLA" miembro de una de las familias más conocidas en el oficio de lavanderas como eran las Culolobos, lavaba en las antiguas minas de Valdeflores, a varios kilómetros de la ciudad en la Sierra de la Mosca. Severiana era una de las lavanderas más guapas de su tiempo, hasta el punto de ser modelo del pintor cacereño Conrado Sánchez Varona.



Jerónima Rubio "LA MOÑICA" que vivía en el barrio de las Tenerías Altas y lavaba en Concejo.

Jerónima era una mujer de ideales izquierdistas, asidua a la Casa del Pueblo, por esta causa el 21 de Agosto de 1936 fueron a buscarla a su casa para pasearla y no se volvió a saber nada de ella.



Juana "LA JUANINA" lavaba en Valhondo y repartía leche de cabra y vaca.



Catalina "LA MONTANCHEGA", casada con un conocido aguador de la ciudad, lavaba en Corchito y tenía un carácter gracias al cual pudo salvar la situación y algo más, cuando estando en el lavadero, durante la guerra civil, un moro, de las tropas regulares destacadas en la ciudad, intentó sobrepasarse con ella y con Agustina "LA GALAPERA". El susodicho moro salió malparado debido a los golpes recibidos por parte de estas lavanderas que le abrieron la cabeza con los cubos de zinc y casi lo matan, por lo cual debió ser ingresado en el Hospital provincial; seguramente, este ignoraba con quién se estaba metiendo.



Ángela "LA POLEA" lavaba en Concejo y para el colegio de las monjas Carmelitas. Era una mujer muy alta.

Catalina "LA TARDASOMA" vivía en Plaza de Italia, lavaba en el Charco de la Perla, en la Sierrilla, también guicaba en las bodas y banquetes. Su marido era pastor.



Manuela "LA PINEA" vivió en La Berrocal. Lavaba a los militares y les guardaba la maleta.

UN DÍA EN LA VIDA DE LAS LAVANDERAS

Por la mañana han llegado las lavanderas a la fuente de Hínche o de Beltrán o a la huerta de Concejo. Las lavanderas van cargadas con grandes cestos a la cabeza, donde llevan la ropa que han de lavar. Hace frío y enseguida se prepara la lumbre donde se arrina el puchero que dará calor a las mujeres a lo largo del día.

Hay que llenar las pilas de agua, sacada a cubos del depósito de la fuente.

Comienzan su tarea, agachadas en los batideros, algunos de piedra, otros de madera.

Se quejan de que cada vez las amas las cargan con más ropa y les pagan lo mismo.

"Son unas aprovechadas" pero "la necesidad manda" "hay que llevar un jornal a casa por pequeño que sea". "Mejor esto que nada" a lo que alguna responde con el "Dios aprieta pero no ahoga" y otra contesta con "¿qué habremos hecho para que Dios nos trate de esta manera?"



El Febrero se encuentra colgado junto a la fuente, se ha acabado de hacer el primer día del mes y desde entonces estará ahí, hasta el último día del mes. Como el día ha salido bueno le echan piropos - "guapo, tío macho, eres el mejor febrero de los últimos veinte años" le dice una vieja lavandera.

Pasa con sus bestias un viejo hortelano al que todas saludan. Es el señor Simón con su gorra y chaqueta vieja de pana, pantalones de rodilleras remendadas.

- Muy buenas tenga usted, vaya día más bueno que nos ha traído este febrero.

- Ya era hora, responde Simón.

- Este año no lo quemamos, se está portando bien.

Se aleja el hortelano. Algunas mujeres han acabado el primer lavado de sábanas y las cuelgan en unos alambres cercanos. A Dolores "La Coja" le ayudan sus hijos pequeños, un niño y una niña que la acompañan a diario para poder ayudarla a llenar la pila y a tender y recoger la ropa.

Otras lavanderas están cerca de la lumbre calentando las manos y con una taza de aluminio en la mano donde se deposita el café que beben con placer.

- qué bien sienta calentito.

- Si tuviésemos un chorrillo de aguardiente, estaría mejor. Se ríen.



Se oye a "La Montañehoga" que empieza a cantar, lo hace muy bien: "Soy lavandera de raza porque así lo quiso Dios, lavanderita es mi madre y lavanderita soy yo".

- Déjate de cantos, -le responde "La Culolobo", gorda, alta, con un moño recogido. -Mejor hablemos de tu señorito, que según dicen, anda detrás de una hija de un comerciante de la calle Pintores. Dicen que como se entere su mujer la va a arrastrar por toda la plaza por pendón.

- Yo no se ná -contesta la Montañehoga- que no vaya a ser que la señorita me eche a la calle y mis hijos no tengan ni un cacho de pan que llevarse a la boca. Conmigo se porta muy bien, me paga poco pero me paga y me da muchas cosas para los niños, como ropas de sus hijos o ropas en desuso que yo utilizo. Sabéis que mi señorita es muy presumida y enseguida se desprende de la ropa.

- Pues mi ama es una negrera, cada vez paga menos- responde otra lavandera- y las ropas están que meten asco, yo no sé qué harán en la cama, seguro que se acuestan sin lavarse los pies, pues están negras como el cordobán y las camisas del señorito huelen a sudor que tiran "pa atrás" y mira que estamos en invierno, que en verano da asco hasta arrimarse al cesto de la ropa sucia. Claro, teñíndonos a nosotras que les quitamos las calandracas. Qué vida más desagradecida la de las pobres lavanderas -Sentencia la mujer.



Algunas lavanderas se sientan en corro y sacan sus pobres viandas. Un cacho de pan, un hilo de patatera, un cacho de tocino, una sardina asada. Todo envuelto en un hatillo de trapo. Es su comida. Como dice la canción

"Las lavanderas de Cáceres,
todas contentas están,
se han comido de merienda
una sardina con pan.
En el lavadero te he visto lavar,
te he visto las ligas
y eran colorás".

También hay una botella de vino peleón que comparten a tragos directamente desde la botella.

Es por la tarde, hay que empezar a recoger las ropas de los tendedores, se empiezan a doblar. Para las sábanas se ayudan unas a otras. Se colocan en los cestos, se los cargan en la cabeza y parten en hilera camino de las casas donde deben entregar lo lavado.

Una hilera de lavanderas se dirige a la ciudad, al fondo aparece la silueta de Cáceres con sus campanarios y torres.



EL RITO DEL FEBRERO

Como todos los gremios, las lavanderas también tenían sus ritos y celebraciones. El principal motivo de celebración para estas mujeres era el Febrero, una fiesta que suponía la puesta en escena de muchas de las características socioculturales de las lavanderas. Lo primero que se buscaba era financiación:

- Aportación voluntaria de las amas con unos céntimos.
- Propietarios de tiendas y ultramarinos: Filomena, los Siriris.
- Vecinas que pasaban asiduamente por los lavaderos.

El primer día del mes de febrero se iniciaba con la ubicación en cada uno de los lavaderos de un muñeco relleno de paja al que vestían con viejas ropas que las lavanderas conseguían a través de las donaciones de sus amas. Este pelele o espantajo se colgaba de un palo para quedar expuesto al público y a la intemperie durante todo el mes. Entre su indumentaria destacaba un bote que llevaba colgado para que los que pasasen por los lavaderos pudiesen depositar monedas que servirían para sufragar la fiesta propiamente dicha. También destacaba, entre el ropaje del muñeco, un pimiento que le asomaba por la bragueta en forma de atributo sexual, lo que le daba aspecto de pícaro.

Este pelele representaba al mes de febrero, uno de los meses más importantes en términos climatológicos para una profesión que sufría de manera especial las inclemencias del tiempo.

Durante el mes de febrero se producían las últimas heladas y a la vez era el mes del carnaval y del inicio de la cuaresma.

Todo un rosario de celebraciones que las lavanderas aprovechaban para aportar su grano de arena festivo a una época del año que para ellas era de vital importancia.





Si el día salía bueno las lavanderas agasajaban al muñeco y le bendecían con palabras cariñosas y si el día era malo los piropos se tornaban en todo tipo de improperios. Este ritual se sucedía durante todo el mes. Al tiempo, se iban haciendo diferentes aportaciones que, administradas por una especie de tesorera de cada lavadero, servía para que el último día del mes de febrero todas las lavanderas celebrasen el conocido rito de El Febrero, su fiesta. (Se compraba para hacer frite de cabrito, arroba de vino, café negro, ponche dulce y aguardiente).

Esta jornada, única del año en que estas mujeres no trabajaban, se iniciaba con el paseo a lomos de un burro de los diferentes peles por las calles de la ciudad para ser quemados posteriormente. Ese día era de las lavanderas.

Sus cánticos sonaban en las plazas y sus expresiones picantes se adueñaban de los silencios de una ciudad que asistía a una fiesta de carácter pagano, en la que no había ni santos ni súplicas ni plegarias. Fiesta que, para mayor perversión, era protagonizada por mujeres, algo inaudito en un Cáceres donde el recogimiento de la mujer y las buenas costumbres difícilmente se veían alteradas por ritos que no fuesen los estrictamente religiosos.

Al soniquete de "En el lavadero te he visto lavar, te he visto las ligas y eran colorás" y otras letrillas donde expresaban su picardía y daban rienda suelta a sus frustraciones, estas mujeres recorrían la ciudad, terminando la jornada con la quema del pelele y la participación en diferentes comidas de hermandad, donde invertían todo el caudal conseguido a lo largo del mes en beber, comer y reír. Un verdadero lujo en la vida cotidiana de estas mujeres. Esta fiesta de carácter pagano en una ciudad de profundas raíces religiosas, es una de las principales aportaciones etnográficas que dejaron las lavanderas como parte significativa de su herencia cultural. Después de desaparecer las lavanderas, la fiesta del febrero se extingue del calendario festivo de la ciudad, no así del recuerdo de quienes la habían conocido. Décadas después, en 1989, era recuperada y devuelta de nuevo a la ciudad.



UNIVERSIDAD
POPULAR
AYUNTAMIENTO DE CÁCERES

© Universidad Popular de Cáceres.
Excmo. Ayuntamiento de Cáceres.
Depósito Legal: CC-000018-2023

Textos: Fernando Jiménez Berrocal
Dibujos: Fermín Solís.



AYUNTAMIENTO
cáceres